

Sufrir Malandanza, Bailar con Cadáveres

Estoy en un ático, justo debajo del tragaluz. Mi pelo está suelto y es largo hasta mis pies. El piso está frío, mis rodillas tiemblan y se chocan. No hay nada a mi alrededor, ni paredes, ni gente. Nada. Solo tinieblas. Y viento, viento que viene en oleadas, golpes que vuelven cuando crees que ya se calmó la marea, tanto que creo caerme. No llevo zapatos, solo un vestido ligero.

Me acuclillo, abrazándome las piernas y escondiendo la cara en ellas. El vestido vuela detrás de mi espalda, descubriéndome más el cuerpo. La brisa parece llevarse mis vellos y piel; y no quiero que del mismo modo me lleve a mí. Tomo aire y cierro la boca lo más fuerte que puedo. Me lagrimean los ojos. Siento los oídos a punto de explotar.

Pasos, primero lejos, pero acercándose. Pasos fuertes, resonando en no sé dónde. Mantengo los ojos cerrados y me tapo las orejas. Aun así, se escucha perfectamente el choque de los zapatos contra el suelo. Me rasco el cuero cabelludo intentando ahogar su sonido, y su eco se multiplica en mi mente.

El viento se tranquiliza en un santiamén. Escucho su ulular, pero ya no me azota el cuerpo. Los pasos se detienen indisputablemente en la punta de mis pies. El aullido del viento corre alrededor de la presencia y de mí, creando un agujero blanco en el mar.

Miro entre mis rodillas. Hay solo unos zapatos de charol, como los que se usan en las escuelas. Nadie los lleva, tampoco parecen haber sido usados. Miran hacia la misma dirección que yo. Me los pongo y me levanto.

Doy un paso. El choque crea un silencio mortal. Con el segundo paso, se oye una nota. Viene de un piano. Miro los zapatos, que me dicen algo. De algún modo lo entiendo: me toca bailar a mí.

El piano es acompañado por un acordeón, un triste y lento vals proveniente de la esquina de un barrio pobre. Empiezo a moverme al son, primero despacio; en breve acelerando a oscilaciones abiertas, invocando el regreso del viento para que baile conmigo, si bien la música no agiliza.

Cierro los ojos. Los zapatos me avisan que la canción está por acabar y me guío con el tragaluz para terminar en el centro. Llega la pose final. Me convierto en cisne y me aplauden.

Abro los ojos y no veo nada, todo el cabello me tapa el horizonte. Contengo la respiración. No levanto la mirada. Tengo miedo, los aplausos no paran, solo se intensifican, crecen como un papel que se dobla sobre sí mismo. Yo no me muevo, me mantengo siendo cisne, una muñeca para él. Me dicen que eso es lo que debo hacer.

Siento cada vez más miradas. Sin embargo, así como los ecos de los aplausos, solo se propagan dentro mío. Alrededor solo hay uno. Siempre ha sido solo uno; y es mi turno de satisfacerlo. El legado de mi sangre.

Los aplausos se detienen. Me dejan libre y caigo, volviendo a respirar. Me volteo, espalda contra el piso, la garganta seca. La luz me ciega, aunque, afortunadamente, poco a poco se aminora. Se aleja, perdiéndose en el cielo, ahora estrellado.

Me entran escalofríos. No me puedo mover, me tiemblan los labios, me castañean los dientes. Intento callarme, pues los zapatos me advierten que es peligroso. Quiero taparme la boca con las manos, la impotencia acumulándose en mi cuerpo. Araño el suelo con mis cortas uñas, me muerdo la lengua y chilló. Giro para que la sangre salga de mi boca. Al menos paro de castañear.

Balanceo mi cuerpo, arrullando el miedo que nos ha inducido el silencio a los zapatos y a mí. Jadeo y gimo, sin el cómodo resonar regresando hacia donde estoy, volando al infinito.

Aullidos. Los zapatos aprietan mis pies. Me retuerzo pegando las rodillas al pecho y doblando mis brazos hasta más no poder. Los zapatos quieren huir, pero no les deajo. Los agarro para que se queden en mis pies y me los estrujan aún más. No quieren que corra.

De seguro bailé mal, me desconcentré, aflojé el esfuerzo, no seguí sus deseos y direcciones, mis únicas exigencias. ¿Por qué correría si yo soy la que tiene la culpa? Los zapatos solo querían guiarme a mi salvación y los arrastré junto conmigo a la ruina.

—¡Estoy aquí! —grito a la nada—. Perdóname por irme. —Trago saliva, y pasos con garras que rechinan cosquillean mi oído—. No debí haberlo hecho. ¡Por eso volví! ¡Volví por ti! Fui una tonta. Pensé que podía vivir en el mundo real, fui ingenua. Así que maté a Salvador, tal como me lo pediste, y corrí de vuelta a casa. Bailar a otro compás no se me hace... nada fácil. —Me tiembla la voz, pero yo sé lo que tengo que decir—. Es imposible. Porque no puedo bailar para nadie que no sea tú.

Las garras rajan el piso con fuerza y se separan dando un salto. Todo el peso del lobo cae en mí. Me deja sin aire, rasga mi vestido y no para, cortándome la barriga. Se me sale el intestino, largo y rosado como una lombriz, desparramando mi herencia en el suelo. Él sólo mete el hocico dentro mío, oliendo mis órganos, decidiendo por cual ir primero. Ese siempre es el dilema. Cual primero.

Va por ambos intestinos, luego se sampa mi estómago y me arranca el corazón de un mordisco. Al separar mi torso en dos, va por mis piernas, que ya no son mías, son de él.

Miro las estrellas. Las constelaciones siempre me gustaron mucho, son como un juego. A mi mamá también le gustaban. Las pocas veces que pudimos salir me enseñó unas cuantas, pues siempre era de noche. La Osa Mayor y la Menor, la Carretilla, el Centauro, la Copa, la Cruz del Sur, Orión y, aunque no una constelación, las pléyades perseguidas por él. También Piscis y Sagitario. Su favorita era la del Unicornio, así que también es mi favorita. La que nunca me gustó fue la que parecía una sartén. Pienso que las estrellas solo deberían formar cosas lindas, de lo contrario es un desperdicio.

Después de quién-sabe-cuánto, termina con mis piernas. Se para encima de mí (tapando, lastimosamente, el cielo) y le sonrío.

—Come mis brazos.

Los extiendo. Me los habría sacado yo misma, pero a él le gusta ir lento ahí. No sé cuál es la diferencia con mis brazos que hace que vaya dedo por dedo, con

una delicadeza distintiva e inigualable. Intento ver el cielo, las constelaciones, una última vez. Sin embargo, la oportunidad ya pasó. Tienes que aceptar que no siempre hay otra oportunidad, decía mi mamá.

Conque, me las imagino. El unicornio es lo que me trae paz. Pienso en cabalgar en su lomo por todas las galaxias, yéndome a reunir con mi mamá. Me sentaría en sus piernas y me sostendría, cantándome con su voz de terciopelo.

La lechuza, la lechuza

Hace shhh

Hace shhh

Todos calladitos

Como la lechuza

Que hace shhh

Que hace shhh

Siempre me cantaba esa canción, varias veces durante el día y sin falta a la hora de dormir. Cuando se hacía tarde, era mejor no hacer ruido, o el cuco vendría. Eso decía mi mamá.

Termina con mis brazos. Pienso en agradecerle, pero en sus ojos, él no me está haciendo un favor. Y de sus ojos, el reflejo, o tal vez dentro, hay algo con lo que lo recuerdo, y sonrío, sonrío porque nunca pensé volver a verlo. Tal vez no lo estoy viendo, tampoco, pues para mí esa parte de él ya había desaparecido para siempre. Es más, solo era una fachada. Y yo me la creía, con mi candor de niña. Pero no me da nada pensar eso. Resguardarme en los días felices con mi mamá y mi papá es lo que necesito ahora, para dormir en paz una última vez.

Paula Bellina Homquist

Quinto de Secundaria